



Centro de Espiritualidad y Pastoral



Aportes para la HOMILÍA del domingo 29 de Mayo de 2016
DOMINGO DE CORPUS CHRISTI - CICLO "C"

QUE TODOS QUEPAN EN LA MESA DE DIOS

[Lucas 9, 11-17]

La festividad de Corpus Christi se celebra el jueves después de la Santísima Trinidad, pero la Iglesia la traslada al domingo para que muchos cristianos tengan la ocasión de participar de esta celebración dedicada al Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

Para esta Semana del Cuerpo y la Sangre de Cristo, la Liturgia nos presenta la multiplicación de los panes y los peces (Lc 9, 11-17), donde Jesús es a la vez la comida, el hospedaje y la misma luz que ilumina aquel final del día donde la multitud se encuentra a la intemperie.

El Evangelio dice que *“cuando el día comenzó a declinar, se le acercaron los doce apóstoles a Jesús y le dijeron: despide a la gente para que vayan a los pueblos y aldeas del contorno a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar deshabitado; pero Jesús les dijo: denles ustedes de comer”*.

Sorprende la respuesta de Jesús, ya que no hubiera pasado nada si la gente se va a los poblados cercanos a resolver lo de su comida y lo de su hospedaje como proponían los discípulos. Pero para Jesús si pasa, porque le interesa mucho la suerte de las personas. Jesús no admite el viejo dicho: *que cada quien se resuelva como pueda*; ni mucho menos *que cada quien vea cómo salva su pellejo*. Jesús se la juega con las personas, sean de los suyos o no. No dejará a nadie al descampado ni en la indefensión.

En su sencillez, el milagro de la multiplicación de los panes manifiesta que la abundancia de Dios no desprecia lo poco que podamos aportar las personas. Son muchos los que comieron bajo la acción milagrosa de Jesús. Pero el Señor no prescinde de los 5 panes y los 2 pescados que tenían sus discípulos, por pequeño que parezca este aporte. El Señor pondrá lo demás. Pero para comenzar basta lo que cada cual pueda entregar. Basta la generosidad.

Jesús no puede dejar de ser hospedaje, alimento y compañía. Así su Humanidad, su Cuerpo, se manifiesta semejante ante toda desemejanza, cercano ante toda distancia, grato ante toda ingratitud, exigente ante toda ambigüedad, alegre ante toda tristeza y pequeño ante toda grandeza. Y así su Savia, su Sangre, se manifiesta amable ante toda dureza, sensata ante toda insensatez, accesible ante toda cerrazón, lúcida ante toda tiniebla, aguda ante toda simplonería y sencilla ante toda prepotencia. Esto es lo que celebramos en el Corpus Christi.

Con la multiplicación de los panes y los peces se anticipa la Cena Pascual, porque en la mesa de Dios, la abundancia no son cosas sino el mismo Jesús que no se niega a nadie. En la multiplicación de los panes, mejor dicho, en la multiplicación de la vida, ha sobrado bastante como para seguir repartiendo a los que tengan hambre y sed de Dios. Así lo ha querido Jesús, y sus discípulos no podemos hacer lo contrario.

Cuando un discípulo de Jesús se encuentra hoy con personas concretas que tienen hambre de Dios y no pueden recibirlo por alguna circunstancia de la vida, no podrá escurrir el bulto, ni apelar a razonamiento alguno, sino fiarse del mandato del Señor (su doctrina): *“denles ustedes de comer”*. Es decir, que nadie quede excluido de la Comida de la Salvación.

Podemos terminar con el texto siguiente

AL CRISTO DEL SAGRARIO

¿Dónde estás? Te grité aquella mañana temblando de dolor, desesperado, y mi tristeza se elevó hecha grito en la tranquila paz de tu Sagrario. ¿Dónde estás? Volví a gritar con voz más fuerte, quebradas las barreras de mi llanto. ¡No puedo soportar este silencio! ¿Dónde estás, mi Señor? ¡Te estoy buscando!

¡Aquí estoy! gritaste. Y un mendigo cubierto con harapos me vino a visitar en mis recuerdos cargando su silencio resignado. En su mano tendida había tristeza, en su mirada mucho de cansancio, caminando las calles de la vida ¡Cuántas veces sin verlo lo he cruzado!

¡Aquí estoy! repetiste con más fuerza. Y recordé aquel niño abandonado que acurrucado en el banco de una plaza encontré esta mañana tiritando. Aunque era niño descubrí en sus ojos la dolida mirada de un anciano cansado ya de haber visto todo aunque había vivido pocos años.

¡Aquí! gritaste nuevamente. Y vino a mi memoria la cama del enfermo abandonado, el jadeante respirar del perseguido, el llanto sordo del desheredado. El hambriento en los escombros del mercado buscando mitigar su hambre de siglos en los restos que otros hombres despreciaron.

También estoy aquí, dentro del templo en donde esta mañana me has buscado, pero es hora que aprendas a encontrarme en los que viven su Vía-crucis a tu lado. Y, cuando bien puedas amarlos, me encontrarás aquí, en el Sagrario. Yo te estaré esperando.

(Autor desconocido)